

30. Hágase

E. J. Waggoner

«Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia.» (Efesios 4:31, RVR1960). ¡Cuántos han leído estas palabras y han pensado, «¡Oh, que así fuera!»! Y con qué seriedad han intentado desechar esa maledicencia, junto con «*la raíz de amargura*» de la que brota, y han fracasado, porque «ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal.» (Santiago 3:8, RVR1960).

El mismo problema se ha encontrado con la exhortación similar: «Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno.» (Colosenses 4:6, RVR1960). ¡Oh, sí, si tan solo pudiéramos! Pero, ¡cuántas veces hemos resuelto no dejarnos llevar por el habla precipitada, y casi inmediatamente nos hemos cubierto de vergüenza por las cosas necias que salieron de nuestra boca «*antes de pensar*»!

De nuevo leemos la divina exhortación: «Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien, con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a sí mismo». «Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús,» (Filipenses 2:3-5, RVR1960). Y similar a esto es la exhortación: «Permanezca el amor fraternal.» (Hebreos 13:1, RVR1960). ¡Qué estado mental tan bendecido debe ser este, y qué cielo habría en la tierra si tal estado de cosas existiera, incluso entre aquellos que profesan el nombre de Cristo! Sin embargo, ¡cuántos que se han propuesto este bendito ideal, se encuentran preguntándose cómo se ha de alcanzar! SITI September 5, 1895, p. 546.2

Es el hombre que es «carnal, vendido al pecado», quien se ve obligado a decir: «Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo.» (Romanos 7:18, RVR1960). Dios es justo y bondadoso. No es un tirano, y no pone tareas ante su pueblo sin mostrarles el camino para realizarlas. No solo muestra el camino, sino que también *suministra el poder*; el problema radica en nuestra lectura de sus mandamientos y exhortaciones. Leamos una más y veamos si esa no empieza a sugerir la salida de la dificultad: «Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo

fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos.» (Colosenses 3:15, RVR1960). Ciertamente, no podemos controlar la paz de Dios. No podemos fabricarla y ponerla en nuestros corazones. No, solo Dios puede proporcionar paz, y esto él ya lo ha hecho. Jesús dijo: «La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.» (Juan 14:27, RVR1960). «Escucharé lo que hablará Jehová Dios;

Porque hablará paz a su pueblo y a sus santos,

Para que no se vuelvan a la locura.» (Salmos 85:8, RVR1960). El hecho de que solo Dios pueda poner su gracia en el corazón y hacer que gobierne allí, debería indicarnos que es él quien debe cumplir esas otras exhortaciones en nosotros.

Una vez más leemos: «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales.» (Colosenses 3:16, RVR1960). Esto, junto con el texto citado justo antes, nos revela todo el secreto. Es por la palabra de Dios que estas cosas han de hacerse. «Entonces respondió y me habló diciendo: Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos.» (Zacarías 4:6, RVR1960). La palabra del Señor, que nos presenta estos deseables logros de pensamiento y habla, es el medio por el cual son provistos.

¿Qué puede hacer la palabra del Señor? —Leamos Salmos 33:6, 9: «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca».

«Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió». «Mas la palabra del Señor permanece para siempre.

Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada.» (1 Pedro 1:25, RVR1960). El evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; y el poder de Dios se ve en la creación (Romanos 1:16, 19, 20). Por lo tanto, el poder por el cual los mandamientos y exhortaciones del Espíritu Santo han de cumplirse en nosotros es el poder por el cual los cielos y la tierra fueron hechos.

Volvamos entonces a la sencilla historia de la creación. Dios dijo: «Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz.» (Génesis 1:3, RVR1960). De nuevo, Dios dijo: «Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco; y fue así» (Versículo 9). De nuevo, Dios dijo: «Produza la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según

su género, cuya semilla esté en él, sobre la tierra; y fue así» (Versículo 11). Una vez más: «Dijo Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años, y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra; y fue así» (Versículos 14, 15). Y así leemos a lo largo de toda la historia de la creación.

La oscuridad no tenía poder en sí misma para producir luz. Las aguas no podían juntarse en un solo lugar. La tierra no podía hacer un gran esfuerzo y producir árboles cargados de frutos. Mucho menos podían el sol, la luna y las estrellas crearse a sí mismos. Lo que no existía no podía traerse a sí mismo a la existencia. Pero a la palabra de Dios, diciendo «*Hágase*», todo llegó a ser. Las palabras «*Hágase*» esto y aquello, llevaban consigo el poder de ser. La cosa requerida estaba en las palabras que requerían su producción.

Ahora bien, «somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Efesios 2:10, margen). Y «porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.» (Filipenses 2:13, RVR1960). Debemos recordar que las exhortaciones que leímos al principio no son exhortaciones de un hombre, sino que son las palabras de Dios para nosotros. El mismo que al principio dijo «*Hágase la luz*» y «*Produza la tierra hierba*», nos dice: «*Quítense de vosotros toda amargura, y enojo...*». Así como se hizo lo primero, así debe cumplirse lo otro. «*Porque como la tierra produce su renuevo, y como el huerto hace brotar su semilla, así Jehová el Señor hará brotar justicia y alabanza delante de todas las naciones.*» (Isaías 61:11, RVR1960). Por lo tanto, cuando leemos las exhortaciones para que ciertas cosas malas se aparten de nosotros y para que aparezcan ciertas gracias, no debemos considerarlas como mandamientos para que nosotros las desechemos, sino como la agencia por la cual la tarea ha de cumplirse.

El poder de Dios para crear es tan grande ahora como siempre lo fue. Aquel que al principio hizo que la tierra produjera fruto, y que hizo al hombre perfecto del polvo de la tierra, puede tomar estos vasos de barro y hacerlos «para alabanza de la gloria de su gracia». Debemos familiarizarnos tanto con el hecho de que Dios es Creador, que cuando él diga «*Hágase esto*», responderemos de inmediato y continuamente: «*Amén; así sea, Señor Jesús*»; y así se creará el nuevo corazón, del cual procederán pensamientos y palabras aceptables a su vista.

ST, September 5, 1895